

VALIJA indiscreta

1
24-2-44
Don Melchor de Almagro San Martín es, como se sabe, un antiguo diplomático austriaco expulsado por los vecinos de la carrera en tiempos de la monarquía. Un hermano suyo —repúblicano, ex gobernador civil de la República— fue fusilado por los fascistas en Granada. Don Melchor dedicó a su hermano este singular respuesta: atragantó el asesinato a los "rojos", y se quedó tan tranquilo.

Don Melchor estuvo desde el primer momento al lado de los traidores, aunque procuró viajar por el extranjero mientras duró la guerra. Actualmente vive en Madrid y es uno de los escritores apetitos para la exportación con que cuenta el "Imperio vertical y asil". En el suplemento literario de La Nación, de Buenos Aires, nos hemos de leer uno de sus últimos artículos: "Limpieza, corrección y decoro del lenguaje". Lamentable en él don Melchor del estrago que hace "esa mala costumbre de hablar plebes y vulgarmente, en personas que por su educación y categoría social debieran testimoniar otro tono y altura".

El mal, al parecer, viene de antiquos de los tiempos de Carlos IV, el del "Caballos", sin ir más lejos. En siglos anteriores era cosa distinta. Como dice muy bien don Melchor, con expresión tan fina y delicada que denota su horror por lo vulgar: "el lenguaje y modales de la Corte formaban rancho

aparte del que empleaba el Estado Iluso o pueblo". Pero en los reinados de Fernando VII y de Isabel II se empleaba ya, según don Melchor, un léxico muy ordinario, que se convirtió francamente en soso durante "el periodo de la monarquía democrática". Por lo visto, don Melchor debió cultivar por aquella época la amistad del marqués de la Vega Arsujo, o de don Miguel Villaseca, algo aficionados a la fantasía verbal. Otra cosa pensaría si hubiese cultivado lo de don Alejandro Piñal y Mon, que era, en cambio, un caballero muy bien hablado, y decía, por ejemplo, cosas tan bonitas como esta: "Jácteme de ser estúpico".

Las "digníssimas alfonsinas" agracieron el mal. Del "frívolo condumbrismo" (esto está mejor que lo del "rancho español")

furo principalmente la culpa, según don Melchor, de "cuerda de Apolo", con aquellas "frases, muchas veces con sentido obsceno" que allí se decían. ¡Jesus! ¡Lo que habrá sufrido don Melchor en "el periodo de la monarquía democrática"! ¡Qué cosa habrá tenido que oír! Y todo por culpa, principalmente, de aquellas robustas triples ediciones de la "cuerda de Apolo", que no sólo baleaban la matemática, lo que ya es ciertamente impudico, sino que se lo baleaban como quien dice, sobre el Diccionario de la Real Academia.

Sólo el distinguido ex diplomático en su artículo la plebe-

yec del lenguaje en la España Imperial de nuestros días. Por lo visto, allí se dicen ahora cosas nefandadas como las siguientes, que copiamos, no sin cierto rubor, del propio artículo de don Melchor: "Se hischó de aplaudir", "le da cobo", "está jamón", "es un pollo perdido", "tiene mucha guasa", "le dió pal palo", "la pao", etc.

Don Melchor cree llegado el momento de poner fin a tal abominación. "Ahora —escribe— que una nueva España está dándose a luz" es el momento de limpiar el lenguaje. La oportunidad, en efecto, es única. La esperaba seguramente don Melchor desde que se inició el glorioso Movimiento Salvador. Mientras los falangistas asesinaban a su propio hermano y a miles de personas más, y los aviadores noria descargaban sus bombas sobre mujeres y niños; mientras ardía España y los moros de Franco saqueaban ciudades, el palero don Melchor pensaría, esperanzado: "No todo está perdido. Algo saldrá de todo". Y mientras la artillería fascista disparaba sobre los pobres vecindados de los madrileños, don Melchor se diría, consolació: "Al menos de ésta, ya no volveremos a oír: "o sí con sello" o "por si les mueran". ¡Bueno! Pues nos estaba haciendo todo esto, para que la gente dejase de hablar cosas el iluso Cañizares!"

Y "ahora que una nueva España está dándose a luz", don Melchor coloca la "limpieza, corrección y decoro del lenguaje" sobre montones de esdáceras y de ruinas, sobre martirios y lágrimas, sobre el dolor y el hemo-

bre y la muerte de todo un pueblo. "Ahora que una nueva España está dándose a luz...". Si; ahora, precisamente ahora, es cuando don Melchor desechará que no hay motivo para callar mal.

EL VALIJERO.

A.P.C.E.
SIG.: 12e/1050.